

«¡Oh Jerusalén...!,
¡Jerusalén querida!»

El Solo

Trinidad de la Santa Madre Iglesia

MADRE TRINIDAD DE LA SANTA MADRE IGLESIA
SÁNCHEZ MORENO

Fundadora de La Obra de la Iglesia

«¡OH JERUSALÉN...!,
¡JERUSALÉN QUERIDA!»



EL SOLO



Ediciones La Obra de la Iglesia

Nihil obstat: D. Julio Sagredo Viña, *Censor*
Imprimatur: Ilmo. Sr. D. Avelino Revilla Cuñado
Vicario General
Madrid, 12-4-2019

Separata del libro inédito de la Madre Trinidad de la Santa Madre Iglesia: «EL DÍA ETERNO».

© 2019 LA OBRA DE LA IGLESIA

LA OBRA DE LA IGLESIA

MADRID - 28006

C. Velázquez, 88

Tel. (0034) 91.435.41.45

ROMA - 00149

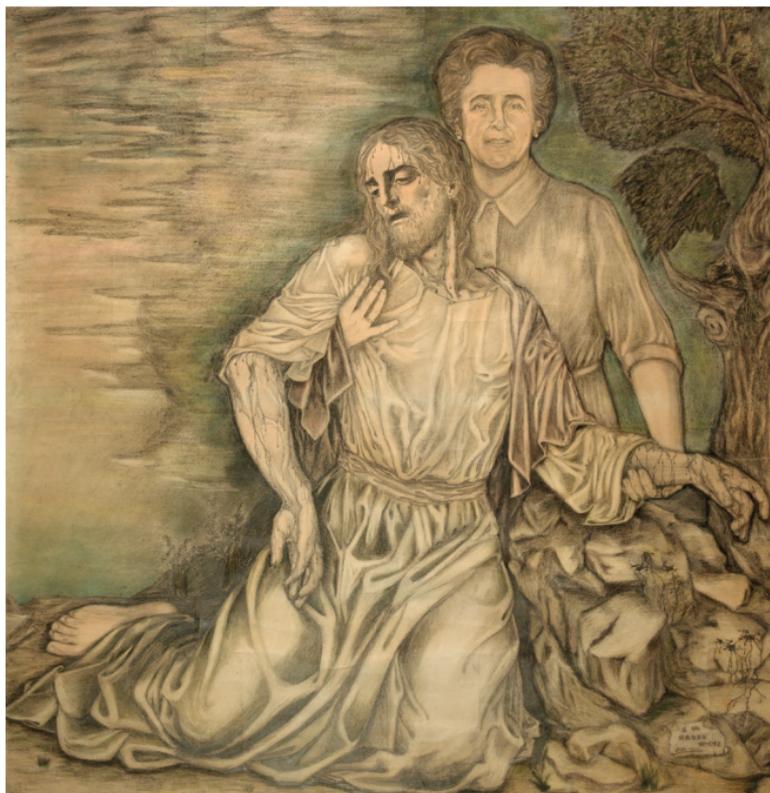
Via Vigna due Torri, 90

Tel. (0039) 06.551.46.44

informa@laobradelaiglesia.org informa@loperadellachiesa.org

www.laobradelaiglesia.org

Depósito Legal: M-16026-2019.



*Alegoría de la Madre Trinidad
confortando a Jesús en el Huerto de los Olivos.
(Dibujo del año 1972).*

14-4-1960

Jueves Santo

«¡OH JERUSALÉN...!,
¡JERUSALÉN QUERIDA!»¹

Jesús «vino a los suyos, y estos no le recibieron»², no le comprendieron, no le admitieron...

Jesús, filigrana del amor de Dios para con el hombre; Amor incomprendido, ultrajado, despreciado, Amor no recibido...

Jueves Santo... ¡Día de amor y dolor...!

¡Oh alma de Jesús, dolorida en lo más profundo, íntimo y hondo..., allí donde tus hijos están...!

Alma de Cristo incomprendida, lacerada por la espada más aguda: ¡la ingratitud...!

¹ Cfr. Mt 23, 37a.

² Jn 1, 11.

«¡Oh Jerusalén, Jerusalén...! ¡Cómo quise cobijarte como cobija la gallina a sus polluelos, y no quisiste...!»³.

Jesús, el que nunca se cansa de esperar ni amar...; Jesús bueno, despreciado, «el desecho de la plebe» y «el maldito...»⁴.

¡Día de amor y dolor, en el cual el Amor Infinito se nos da en comida y en bebida...! «¡¿Qué pude hacer por vosotros que no hiciera?!»⁵.

Dolor terrible del alma del Cristo... Herida profunda que laceraba lo más íntimo, lo más hondo, lo más sagrado y lo más profundo: ¡la ingratitud...!

Y Jesús, en sus largas horas de oración, orando al Padre, exclamaba: «¡Padre!, ¡y el mundo no te ha conocido...! ¡Ni te conocen a Ti, ni me conocen a mí...!»⁶.

Jesús, yo quiero hoy, con el Espíritu Santo, besar todos los repliegues profundos, íntimos y

³ Mt 23, 37a.c.

⁵ Cfr. Is 5, 4.

⁴ Sal 21, 7c; cfr. Gál 3, 13b.

⁶ Jn 17, 25a; cfr. Jn 16, 3.

escondidos de tu alma, depositándome en amor que te sepa a esposa fiel... ¡Toda mi alma, un beso para consolar tu alma herida...!

Jueves Santo... ¡Qué dolor...!

Jesús, metida en tu seno, quiero penetrar en las profundidades profundas de la amargura amarga de tu dolor sangrante, recogiendo, como en una patena, toda tu tristeza amarga y terrible, para consolarte cantando contigo tu divino pregón...

¡Jesús, no estás solo ni incomprendido! ¡No sufras, que yo quiero, «levantando bandera de amor»⁷ y dolor, cantar con la Iglesia tu eterno pregón...!

Jesús... «Gusano, y no hombre»⁸, más aún en tu alma que en tu cuerpo... ¡Toda tu alma como un guiñapo...!, ¡deshecha...!

¡Jueves Santo...!

¡Jerusalén...! ¡Jerusalén...! ¿Qué hice yo contigo para que así me trates...? ¡Siempre amándote, cuidándote, protegiéndote...!

⁷ Cfr. Ct 2, 4.

⁸ Sal 21, 7a.

¡Ay Jerusalén, Jerusalén querida...!, ¡aún estás a tiempo...! ¡Anda, Jerusalén, recibe la Canción eterna del Amor Infinito...!

Jueves Santo... Día de soledad, de amargura, de tedio incomprensible...

¡Qué soledad tan terrible...!

María, unida a Cristo sin separarse un momento, atravesada con la misma espada que traspasaba el alma de Jesús, de su Hijo, de su Cristo, de su Dios..., hundida en el más profundo de los silencios...

«María guardaba su secreto», de dolor, casi infinito, «en lo profundo de su corazón»⁹.

María... ¡Mar amargo...! ¡Mar de dolor, de tristeza...! Consuelo para el corazón incomprendido y desamparado del Verbo de la Vida...

Yo quiero hoy, Madre Inmaculada, acurrucarme en tu seno maternal, para dar un beso en el alma de Jesús que le sepa a Ti... ¡Yo necesito besar a Jesús con un beso que le diga: protección, amparo, dulzura, calor de hogar!

⁹ Cfr. Lc 2, 19.

Jesús, toda yo me siento dolorida con tu alma dolorida, y quiero depositarme en cada uno de esos matices casi infinitos del dolor que te produce el desamor de tus hijos, ahí, en ese punto fino en que cada uno de ellos te abofetea, en lo más profundo y sagrado de tu paternidad...

Hoy mi alma comprende un poquitín el dolor penetrante del alma de Cristo, porque sabe algo de incomprensión y desamparo...

¡Oh Amor Infinito...! ¡Corazón de Cristo! Todo Dios es paternidad infinita que, rompiendo en infinitos matices, se derrama a borbotones, por Cristo, para con los hombres...

Jesús, un Padre Dios que nos custodia «como a las niñas de sus ojos»¹⁰, bajo el amparo de sus alas; un Padre que está reventando en sangre por nuestro amor...

La mayor muestra de amor de Cristo para con el hombre está en la Eucaristía...: «Esta noche quiero celebrar la Pascua con vosotros»¹¹.

Jesús, rodeado de todos sus discípulos, está SOLO... Jesús sí que es EL SOLO, el incomprende-

¹⁰ Dt 32, 10.

¹¹ Lc 22, 15.

do, abandonado, desamparado, ¡el desamado...!
Jesús, ¡qué solo estás en la noche cargada de
Getsemaní...!

¡Oh Amor...!, reventando por la boca del Verbo de la Vida, nos diste la máxima muestra de amor para con el hombre: «Mi Carne es verdadera comida, y mi Sangre es verdadera bebida»; «el que come mi Carne y bebe mi Sangre está en mí y Yo en él...»¹².

Jesús, ¡qué dolor tan terrible para tu alma!:
¡El mismo Jueves Santo!, el día del amor, de la entrega en manos de tus hijos..., ¡un traidor!, ¡un Apóstol...!, ¡el primero que desgarró tu alma de Supremo Pastor...!

Toda la adorable Trinidad, derramándose paternalmente sobre el alma del Cristo para que Este la irradie a todos los hombres con corazón de Padre... Y el Cristo de la Vida, ¡chorreando en sangre por todos sus poros para cantarnos su amor infinito...!

¡Oh, qué terrible...!, ¡qué terrible...! ¡CÓMO LO VEO...! ¡Ya no puede más...! ¡Ya no puede más

¹² Jn 6, 55-56.

Jesús...! ¡Ya no puede más mi Jesús bueno...! ¡Ya no puede más...!, ¡está deshecho!: «¡Gusano que se arrastra, y no hombre, el desecho de la plebe y la mofa de cuantos le rodean!»¹³.

¡No conocemos a Dios...! ¡Si le conociéramos, y supiéramos cómo el Verbo de la Vida revienta en sangre para cantarnos su paternidad infinita...!:

«¡Padre, si es posible, pase de mí este cáliz...!»¹⁴, ¡este cáliz tan amarguísimo...!

¡Qué abandono el de Cristo...! ¡Qué terrible y espantosa soledad...!

¡Terrible soledad...! ¡Terrible soledad...!

¡Qué desamparo...! ¡Qué amargura...! ¡Qué tristeza...!

¡Oh, qué pavor...! ¡Qué miedo...! ¡Qué temblor ante «la hora del poder de las tinieblas»¹⁵!

¡Oh Amor Infinito, caído en tierra, reventando en sangre...! ¡Mi Jesús bueno...! ¡Mi Jesús manso...! ¡Qué duro es el desamor...!

¡No puede más Jesús...! ¡ESTÁ TODO ÉL TEMBLANDO COMO LA HOJA EN EL ÁRBOL...! ¡No

¹³ Sal 21, 7-8a.

¹⁵ Lc 22, 53.

¹⁴ Lc 22, 42a.

puede más...! ¡Se le doblan las piernas de tanto peso, de tanto dolor...! ¡No puede más, y cae en la tierra desplomado...!

¡Oh terror...! ¡YO HOY LO VEO EN LA NOCHE TERRIBLE DE GETSEMANÍ...! ¡Está tirado en tierra...! ¡No puede más...! ¡Oh terror...!

¡Ángeles del Cielo! ¿Dónde estáis...? ¡Sostened a la Fortaleza Encarnada, que, de tanto serse amor, se está tambaleando ante la mofa del infierno, que, descargándose sobre Él, lo derrumba en tierra «como gusano, y no hombre»...!

Mi Jesús bueno, ¡caído en tierra chorreando sangre...! ¡Empapado en su misma sangre divina...!

¡Oh Amor...! ¡Ya no puedes más...! ¡Ya no tienes más que dar...!

¡Oh Amor...! El desamor, desamparo, abandono, tristeza y dolor, dieron contigo en tierra en el más terrible desgarró... ¡Dios chorreando en sangre...! ¡Terrible misterio...!

Jesús, tendido rostro en tierra, clamando: «¡Padre mío, si es posible, pase de mí este cáliz...!», este dolor del desamor...

Todos los pecados de todos los tiempos, cayendo sobre Cristo, atravesando de parte a parte las fibras más íntimas de su alma...

¡Amor desamado..., incomprendido..., ultrajado, por decirnos tu vida infinita en canción...!
¡Y el mundo no le ha recibido, no le ha comprendido, no le ha amado...!

¡Señor, anda, levántate...! ¡No, Jesús, en tierra, no...!, ¡caído en tierra, no...!

¡Padre, si es posible, pase de mí este terrible y amargo cáliz de amargura amarga que me anega en la más profunda e indecible tristeza...!

¡Oh...!, es terror de infierno lo que me anega... ¡Es amargura de dolor inmenso, dolor terrible, oscuro, de pavor y tristeza!

¡Está temblando el Cristo del Padre...! ¡Temblando el Verbo Infinito ante la terribilidad amarga de la amargura que desgarrar su alma santísima...! ¡Es «el momento del poder de las tinieblas» que se ceba en el Verbo Encarnado!

Hoy, día de Jueves Santo, he visto a Jesús terrible e inexplicablemente cargado, en una amar-

gura amarga, en una soledad incomprensible, en un abandono inimaginable, bajo la sombra escalofriante del «poder de las tinieblas»; llegando a un extremo tan terrible, que, en un momento, le he visto empezar a sudar, al mismo tiempo que a temblar en todo su cuerpo de pies a cabeza, con un temblor tan escalofriante, tan terrible, tanto, tanto, ¡tanto!, que han empezado a tambaleársele las piernas... Y poco a poco ha ido desplomándose por la fuerza del dolor que le aplastaba...

Le he visto queriéndose sostener para no caer desplomado en tierra, buscando un apoyo, un consuelo, una comprensión...; y, ante la soledad, el desamparo y la amargura, por fin, empapado en su propio sudor, que, a fuerza de tanto dolor rompió en sangre por todos sus poros, ha caído en tierra... ¡Ha caído en tierra y en un desplomo total...!

Y, sacando fuerza de flaqueza, ha gritado: «¡Padre mío, si es posible, pase de mí este cáliz tan amargo...!».

Y he exclamado: «¡Oh terror...! ¡Ángeles del Cielo!, ¿dónde estáis...? ¡¿Cómo no viene toda

la Corte celestial a levantar, a sostener a la Fortaleza Infinita chorreando en sangre y tirada en tierra...?!».

«Es el momento del poder de las tinieblas», y el Amor Infinito espera..., espera, clamando, que el hombre le consuele...

Va a los Apóstoles y pide ayuda: «Pedro, Juan, Santiago... ¡¿No habéis podido velar una hora conmigo?! ¡Velad y orad para que no caigáis en tentación...!»¹⁶. Pero ni velaron ni oraron, y por eso, cayendo en la tentación, abandonaron al Maestro...

Y, ante la inconsciencia incomprensible de los hombres que duermen mientras que Jesús revienta de dolor, el Ángel acude a ayudarle a beber su cáliz...

¡Qué sorpresa he apercibido hoy en los Ángeles del Cielo al ver al Verbo Infinito caído en tierra...! ¡Y qué desamor he sorprendido en el hombre ante la entrega del Amor Infinito...!

¹⁶ Mc 14, 33; Mt 26, 40b-41a.

¡Amor ultrajado...! ¡Amor Infinito pisoteado...! ¡Amor eterno escupido...! ¡Amor arrastrado..., incomprendido, desamorado por sus hijos...!

¡Oh Verbo mío, Esposo de mi alma, déjame que ponga un beso en tu alma santísima que te sepa a Espíritu Santo, a María...!

¡Oh, venga toda la Corte celestial para besar al Cristo, al Dios Encarnado chorreando en sangre por amor al hombre...!

En la tierra, todo en silencio... El mundo no sabe el Misterio... Los Apóstoles, dormidos... El Cristo, chorreando sangre...

¡Padre...! ¡Oh, qué terrible nuestro desamor y desamparo...! ¡Qué terrible agonía y tristeza la de Jesús...! «¡Padre, Padre mío, si es posible, pase de mí este inmenso cáliz de amargura que me anega en lo más profundo de la tristeza del infierno...!».

¡Ay mi alma, cómo se me revienta al ver a Jesús así...! ¡Yo hoy tampoco puedo más...! ¡Todo el infierno contra el Cristo, derramándose, descargándose en su terribilidad y amargura...!

«¡Oh Padre, todo el infierno contra mí mientras los míos duermen...! ¡Mas no todos!; el traidor vela...». «¡Busqué quien me consolara, y no lo hallé!»¹⁷.

En el Cielo todos los Ángeles como temblando de pavor... ¡Todo el Cielo como temblando ante el Verbo de la Vida reventando en sangre por cantar su eterno pregón y hacernos vivir de la comunicación íntima y cálida de la Familia Divina...!

¡Oh qué terrible contraste...!, ¡el hombre no sabe de amor! El Cristo del Padre reventando en sangre, metido en lo más profundo de la tristeza, para hacernos participar de su misma felicidad... ¡Todo el Cielo en silencio, atónito, en adoración, contemplando al Cristo reventando en sangre por cantar a Dios a los hombres...!

¡Oh, cómo es posible! ¡El Amor Infinito, blasfemado...! ¡Ay, una blasfemia! ¡Ay lo que es una blasfemia...! ¡Todo el infierno blasfemando al Cristo del Padre...!, ¡ultrajándole, riéndose, mofándose ante el terrible desamor de sus hijos para con Él...!

¹⁷Sal 68, 21c.

Veinte siglos han pasado desde que Cristo, chorreando en sangre, nos dio su máxima muestra de amor infinito..., ¡y aún estamos los hombres de hoy, como los hombres de ayer, sin recibir la misión del Verbo de la Vida...!

¡Terrible misterio!: ¡El Padre está derramándose amorosamente por el Espíritu Santo sobre el Cristo...!, ¡y está recibiendo el sacrificio cruento que la Víctima Infinita le ofrece en reparación por todos los hombres...!

¡Oh qué misterio...! ¡Tanto pecado ante tanta Santidad...! ¡La Santidad, como abrazada al pecado...!

¡No puede! ¡Este es el Verbo del Padre, el gran Sacerdote que contiene en sí, siéndolo Él mismo, la Divinidad y la humanidad, cargándose con los pecados de todos los hombres...!

¡No puede...! El Verbo de la Vida, en su humanidad unida a su Divinidad, está aplastado..., se desgarrá..., se deshace..., parece que no puede... ¡Oh terrible contraste de amor infinito y desamor de los hombres...!

Jesús, ¡¿quién podrá penetrar en tu alma, ante el amor desgarrador que te abrasa hacia el Padre,

y ante el amor desgarrador que te abrasa hacia tus hermanos?!

¡Oh Amor!, ¿quién podrá comprender tu dolor ante el pecado espantoso de uno de tus discípulos, Judas?!

¡Padre, no puedo beber este cáliz...! ¡Yo no puedo, Padre, yo no puedo...! ¡No puedo beber este cáliz...!; ¡no puedo...! Pero... ¡sí, Padre...!; ¡sí, Padre...!, «¡no se haga mi voluntad, sino la tuya...!»¹⁸.

«¡Padre Santo, y el mundo no te ha conocido!». ¡Y el mundo te ha ultrajado!, ¡te ha blasfemado...! ¡Yo no puedo beber este cáliz! Pero sí, porque así es de tu agrado que lo haga... «¡Levantaos y vámonos...!»¹⁹.

La hora de las tinieblas se apodera de la hora de la Luz.

¡Ya se oyen los pasos lejanos del traidor, que viene para abalanzarse sobre el Verbo de la Vida Encarnado...! Y Él se levanta...

¹⁸ Lc 22, 42b.

¹⁹ Mt 26, 46a.

¡Pero si no puede sostenerse en pie...! Jesús, todo tu cuerpo tambaleándose..., desgarrado...; las piernas te fallan..., ¡no puedes sostenerte en pie...! Se te doblan las rodillas, y tambaleándote..., con la mirada fija en la voluntad del Padre, vas en busca de la muerte, donde darás tu grito supremo de amor eterno...

Jesús está solo..., ¡totalmente solo y desamparado...! Los Apóstoles duermen... ¡Ya no puede más...! Pero, fortalecido por el Ángel, se levanta como lleno de vigor; el Amor le empuja a la crucifixión, y exclama en un grito de entrega: «¡Padre, todavía más...!, ¡necesito crucificarme para cantar por toda la tierra mi Canción...!».

«¡Levantaos, ha llegado la hora terrible; levantaos y vamos»; «el hijo de las tinieblas es más sagaz que los hijos de la Luz...!»²⁰.

Ya se ve venir a lo lejos al traidor... «Vienen con hachas y palos»²¹ para prender al Verbo de la Vida... ¡Con hachas y palos como a un maldito!,

²⁰ Cfr. Lc 16, 8b.

²¹ Cfr. Mt 26, 47.

¡a la Paternidad Infinita Encarnada...! ¡Como a un «maldito» vienen a prenderle!

«¡Yo necesito ser bautizado con un bautismo de sangre...!»²². «¿No habéis podido velar una hora conmigo...?». El único «amigo» del Solo, que vela, se acerca y deposita en la mejilla de Cristo un beso de traición y desamor... ¡Y este es el único que no duerme en la noche terrible de Getsemaní...!

—*Maestro...*

—«Amigo, ¿con un beso entregas al Hijo del Hombre...?»²³.

¡Oh amor infinito de Dios, reventando por la boca de Cristo! «Amigo», al traidor; «amigo», al ingrato; «amigo», al que viene a entregarlo a la muerte...

Jesús mira a sus Apóstoles que tiemblan de miedo...: «Amigo», si quieres, préndeme a mí, mas deja a estos...

Jesús siempre olvidado de sí: «Dejad a estos»²⁴, a sus Apóstoles, que, temblorosos, cobar-

²² Cfr. Lc 12, 50a.

²⁴ Jn 18, 8b.

²³ Cfr. Lc 22, 48.

des y presurosos, corren abandonando al Divino Maestro...

¡Amor Infinito incomprendido..., ultrajado..., lacerado por la herida más terrible y dolorosa: el desamor!

La Libertad por esencia, ¡prendida...! El Verbo de la Vida, ¡encarcelado, blasfemado, coronado de espinas, azotado...!, ¡SOLAMENTE POR MI AMOR...!, ¡SOLAMENTE POR MI AMOR...!, ¡SOLAMENTE POR MI AMOR...!

Jesús, «gusano que se arrastra, y no hombre...», «el maldito del Padre y el desecho de la plebe...». ¡Qué contraste para tu alma santísima, verte Tú, como representante del hombre, ante la terribilidad espantosa del pecado y ante la majestad infinita del serse del Ser...!

Jesús, yo quiero participar, aunque sea un poquitín, de la amargura indecible de tu alma taladrada... Yo quiero decir, contigo, a todo que «sí», hasta morir como Tú, para llenar mi misión en la Iglesia.

María, Madre Dolorosa, Madre del mayor dolor... Quiero acompañarte en estos momentos

terribles del desamparo y desamor de todos tus hijos... Repercutiendo en tu alma santísima todo el amor del Verbo de la Vida a sus hijos, te hace gemir con Él, en el Espíritu Santo, en gemidos inenarrables: ¡crucifixión!

María, temblorosa, agonizante, también descargándose sobre su alma inmaculada todo el infierno en pavor y terror...

María, maravillosa manifestación del Verbo de la Vida Encarnado... ¡Mar Amargo! ¡¿Quién podrá comprender tu dolor...?!

María, desconocida, destrozada: ¡Madre!, con eso está dicho todo... Madre que ve destrozado a su Unigénito Hijo y a su Dios...

María... Madre..., ¡hoy quiero consolarte...!

Jesús, ¡también profundamente dolorido ante el dolor de su Madre Inmaculada...! Jesús, abrazado, fundido, penetrado con la Virgen en un mismo dolor, en una misma agonía... ¡Sumergidos los dos en un MAR AMARGO de incompreensión y de soledad...!



*La Madre Trinidad de la Santa Madre Iglesia
en la Casa de Navalperal de Pinares (Ávila). Año 1969.*

15-4-1960

Viernes Santo

EL SOLO

Dios se es el Eterno Acompañado, Familia Divina que, en su serse, es Tres; Hogar infinito de amor y calor indecible, en el cual mi Trinidad es calor de hogar.

Dios se es su solaz y su descanso; y tan infinitamente se lo es en sí mismo y para sí mismo, que, en su sobreabundancia de serse Hogar de paternidad infinita, es y será nuestro Hogar en Eternidad sin fin.

¡Oh qué gozo eterno de unión trinitaria en el Seno-Amor...! ¡Está tan contento mi Dios...! ¡Siempre acompañado...! ¡Nunca solitario el Eterno Sol...!

Dios se es Familia infinitamente acompañada, esencialmente en su serse Trinidad, y acci-

dentalmente en la compañía gozosa de los Bienaventurados.

En su serse Trinidad, Dios es Padre tan infinitamente Padre, tan soberanamente Padre, que no puede tener más que un Hijo esencial, en el cual todos los demás son hijos adoptivos.

Y tan infinito es este Hijo, que, dejando exhausto el fecundo seno del Engendrador, se es todo el ser terrible e infinito del Padre en Hijo; Hijo que es el descanso de la fecundidad increada del Engendrador eterno.

Tanto descanso es el Hijo, que es todo el ser del Padre en un grito expresivo de terrible Explicación.

El Padre descansa en su necesidad de engendrar, en un grito de Hijo; siendo el Espíritu Santo el Amor mutuo de ambos.

¡Oh Familia Divina que, en calor de hogar, Tres te eres...!

No podía faltar en las entrañas mismas del Engendrador, el descanso de la paternidad infinita en Hijo, en alegría cantora...

Todo Dios se es alegría, pero cantora se lo es en el Hijo. Es propio del Hijo cantar en jubilosa Canción las hermosuras del Padre; por eso, aunque todo Dios se es alegría infinita de gozo eterno, en el Verbo se es CANCIÓN.

El Padre, al decir «Hijo», engendra su perfecta Expresión y Explicación y su misma alabanza hecha Canción y alegría eterna.

Todo Dios se es una alabanza de gloria, un gozo eterno, un descanso infinito. Y el Hijo, al encarnarse, es el primogénito del Padre, la alabanza perfecta de Dios entre los hombres.

Dios es Familia divina, Hogar eterno, en el cual el Padre y el Hijo se abrazan, se besan y se aman tan infinita y perfectamente, que su Beso, su Amor, es tan acogedor, tan infinito y tan eterno, que, siendo parte de la Familia Divina, es una Persona. Y ya el Padre y el Hijo, por exigencia de serse amor de paternidad y de filiación, están eternamente acompañados por su mismo Amor en persona.

¡Oh Familia Divina, tan acompañada, tan unida, tan eternamente amada, que en un abrazo de unión perfecta te besas en fecundidad infinita

de unión unicísima...! ¡Hogar hogareño de calor divino...! ¡Hogar perfecto de unión eterna en Beso de amor...!

Si Dios no fuera familia, no sería feliz, no sería dichoso, y entonces no sería Dios. Él necesita serse el Hogar divino, y se lo es; Hogar de familia que en perfección se es Tres. Dios no podía serse ni más familia que es, ni menos; si así fuera, no sería feliz, no sería Dios, Trinidad de tan perfecto acuerdo, de tan perfecta unión, que en tres Personas se es un Dios...

¡Oh Misterio de calor amoroso, de unión perfecta, de Trinidad Una se es mi Dios...!

El Eterno Acompañado, el que siempre se es acompañado en su mismo seno, de tan acompañado que se es, ha querido, por bueno, hacernos participar de su dichosísima compañía. Y, para eso, el Eterno Acompañado se encarna habitando en un país donde será «EL SOLO...».

El Eterno Acompañado, que se es el gozo, la alegría y el acompañamiento de todos los Ángeles y los Santos, el Unigénito del Padre que, en su Voz sonora, está dando en todos los confines

del Cielo, por todos los ámbitos de la Eternidad, un grito de filiación en el abrazo acompañado del Beso infinito del Espíritu Santo, en las mismas entrañas engendradoras de la paternidad del Padre..., el Hijo, «Luz de Luz y figura de la sustancia del Padre»¹, el Acompañado por antonomasia, «VIENE A LOS SUYOS, Y LOS SUYOS NO LE RECIBIERON...»².

El Verbo se encuentra, al «descender de los collados eternos»³, donde en Familia divina Él es el Hijo cantor, con la rudeza e incomprensión desamparadora de los hombres, pudiéndosele llamar «EL SOLO».

Pero quiso Dios que su Hijo, en la tierra, supiera también de calor de hogar, saboreando la compañía amorosa de su Madre y de San José. Calor de hogar que, para la tragedia terrible y tremenda del Verbo Encarnado, era un oasis en su caminar desamparador y desolador por este valle tenebroso.

María y José consolaron, en la medida de su capacidad, al Cristo del Padre; pero ¿quién podrá

¹ Heb 1, 3.

² Jn 1, 11.

³ Sal 75, 5.

penetrar la hondura, casi infinita, de la tragedia desamparadora y solitaria de la Luz no recibida...?

Jesús, que, en su Divinidad, como Verbo, sigue siendo el Eterno Acompañado en unión trinitaria –ya que donde mora una divina Persona moran las otras Dos–, bajo el peso de la terribilidad espantosa de todos los pecados cayendo sobre Él, se sentía en la tierra EL SOLITARIO, EL DESAMPARADO, EL INCOMPRENDIDO.

¡Mi divino Solitario...!, ¡el Solo...!; ¡el que pasa su destierro en la soledad más terrible y espantosa por la ingratitud y el desamor de los suyos...!: «Vino a los suyos, y los suyos no le recibieron».

«El Solo», con la terrible responsabilidad de la carga de todos los pecados, que, al oponerse contra la santidad infinita del serse del Ser, han cerrado la puerta del Hogar divino, el cual será por Cristo nuestro solaz y nuestra mansión eterna.

Si penetráramos en la hondura profunda de Cristo, veríamos su escalofriante soledad.

Jesús... ¡Tú sí que eres «EL SOLO» en país extraño...! Te veo caminar, rodeado de las mu-

chedumbres, en la amargura triste de tu alma solitaria...

¡Oh Jesús, ante la vista de todos pasaste por la tierra siendo el Acompañado...! Pero, ante la mirada penetrante y purísima de tu Madre Inmaculada, que intuía en tu profundidad, eres vislumbrado en la soledad solitaria de tu alma santísima...

«El Solo...». Soledad que nosotros nunca podremos penetrar en tu capacidad como infinita...

¡Oh Jesús!, reflejo de esta soledad terrible fueron los momentos sangrantes de tu pasión dolorosa, en los cuales toda tu humanidad manifestaba el desamparo de tu alma, no solamente en tu dolorosa tragedia interna, sino también en tu vía crucis solitario de desamparo humano...

Y en aquellos momentos que Tú, mi divino Maestro, más necesitabas de la compañía de tus amigos, aunque fuera externamente, te encuentras completamente solo: «Pedro..., ¿duermes...? ¿No habéis podido velar una hora conmigo...?». «Velad y orad para que no caigáis en tentación...». «Si me buscáis a mí, dejad a estos...»⁴.

⁴ Jn 18, 8.

¡No hay ningún corazón amigo para «el Solo»...! Todos huyen y Jesús se encuentra en un desamparo total...

¡Todos no...! En su soledad terrible y espantosa, ¡un «amigo» tiene Jesús! ¡Un «amigo» que no duerme, que, en muestra de esta amistad, besa la mejilla del Divino Maestro...! «Amigo, ¿con un beso entregas al Hijo del Hombre...?»⁵. Este es el único amigo que le busca en estos momentos de soledad espantosa...

Si Jesús, al encontrarse tan solo, por un imposible no hubiera sabido la traición de Judas, al verlo venir hacia Él hubiera sentido un consuelo; porque, ante su desamparo, veía que un amigo presuroso, un compañero, un Apóstol, un hijo suyo, venía a su encuentro con la mayor muestra de amor: un beso...; beso que, depositado en la mejilla divina del «Solo», fue la señal mayor de su soledad y desamparo...

Los demás amigos han huido, y Jesús se encuentra con la representación, frente a frente, del amigo traidor... «¡Oh amigo y confidente mío, con quien vivía en dulce intimidad y andábamos

⁵ Lc 22, 48.

entre la alegre muchedumbre, alzaste contra mí tu calcañar...!»⁶. «Amigo, ¿con un beso has venido a venderme...? ¡Amigo y confidente mío...!».

Pero sí, Padre, «ha llegado la hora»⁷, la hora en que será manifestada a los hombres algo de mi desgarradora soledad en mi paso por la tierra.

«Es la hora del poder de las tinieblas»⁸; y todo el infierno, burlándose sarcásticamente del «Solo», se abalanza sobre Él como su presa deseada y preferida... Todo el infierno, representado en la fiereza del hombre, se lanza, impulsado por la envidia, sobre la presa apetecida: ¡el Divino Maestro...! ¡Como un blasfemo fue condenada a muerte la Santidad Infinita...!:

—«*Te conjuro por el Dios vivo a que me digas si eres Tú el Mesías, el Hijo de Dios.*

—Tú lo has dicho.

—*Habéis oído la blasfemia, ¿qué os parece?*

—Reo es de muerte»⁹.

⁶ Sal 40, 10.

⁷ Jn 12, 23.

⁸ Lc 22, 53.

⁹ Mt 26, 63b-64a. 65b-66.

Y se descargan empellones, bofetadas, blasfemias y los peores y más horribles tratos sobre la humanidad sacratísima del Verbo de la Vida..., ¡de aquel Verbo que es el Intocable...!: «Entonces comenzaron a escupirle en el rostro y a darle puñetazos, y otros le herían en la cara, diciendo: Profetízanos, Cristo, ¿quién es el que te hirió?»¹⁰.

Y el Verbo Encarnado, manifestando las entrañas paternas del corazón de Dios, es arrastrado, en su humanidad, por sus mismos hijos a la muerte más afrentosa y humillante que estaba reservada a los esclavos... ¡También por el precio de un esclavo fue vendida la Vida Encarnada! Treinta monedas era el precio del puesto en venta, el esclavo... ¡Y por treinta monedas fue vendida la Libertad por esencia...!¹¹.

«¡Ay Jerusalén, Jerusalén...!». «¡Si hubieras conocido el día de mi visitación...!». «¡Cuántas veces quise cobijarte como la gallina a sus polluelos, y tú no quisiste...!»¹².

¡Qué soledad tan terrible la del «Solo» solitario...! ¡¿Dónde está Pedro, aquel valiente amigo

¹⁰ Mt 26, 67-68. ¹² Mt 23, 37a; Lc 19, 42a. 44c; Mt 23, 37b.

¹¹ Cfr. Zac 11, 12; Mt 26, 15; 27, 9.

que había prometido seguir al Maestro hasta la muerte...?! ¿Dónde está Juan, el hijo del trueno, que había aprendido sobre el pecho del Divino Maestro la palabra de vida: «Dios es Amor...»¹³? ¿Y los demás Apóstoles? ¿Y el Pueblo que el Domingo de Ramos le acompañaba vitoreándolo: «Hosanna al Hijo de David..., bendito el que viene en nombre del Señor...»¹⁴?

«Hirieron al Pastor y se descarriaron las ovejas»¹⁵.

Y el Ungido de Yahvé se encuentra en la soledad más terrible y desoladora que ningún ajusticiado probó. Lo único que se sabe de sus Apóstoles, en estos momentos, es que uno de ellos está negando con juramentos el haberle conocido...¹⁶. ¡Precisamente el que tenía que ser la Piedra y fundamento de la Iglesia...! «¡Era el momento del poder de las tinieblas!».

Sale el Divino Maestro MUY ACOMPAÑADO de los soldados y, al cruzar por el patio, busca an-

¹³ 1 Jn 4, 8b.

¹⁴ Mt 21, 9b.

¹⁵ Mt 26, 31.

¹⁶ Cfr. Mt 26, 69-74.

sioso con su mirada la mirada de Pedro que allí estaba... Y le mira con cariño de perdón, de amparo, de calor y de amistad... En aquella mirada se fundieron los dos que de verdad se amaban...

Y Pedro, que llevado por el amor al Maestro había llegado hasta el patio del Pontífice, y en su acobardamiento le había negado, se encuentra con la mirada amiga y amparadora del «Solo...». Mirada que, grabándosele hasta lo más profundo del alma, le hizo romper a llorar amargamente.

Siguiendo Jesús su camino, es entregado en manos de aquella soldadesca inhumana, para que se diviertan a costa del Verbo de la Vida Encarnado...

¡Oh qué dolor para Cristo verse tratado por sus mismos hijos tan cruel y brutalmente...!

Jesús, yo quiero penetrar en tu alma solitaria y dolorida, para depositar en ella un beso que te sepa a hijo bueno, a hijo fiel, y acompañarte así durante toda esta noche, besando con el Espíritu Santo todas aquellas heridas con que la ingratitude y el desamor de los tuyos taladraron tu alma de Padre desgarrado...

¡Qué noche tan terrible para tu humanidad, que, aunque sostenida por la Divinidad, se sentía en el mayor de los desamparos ante la crueldad aterradora de la malicia del pecado!

Y al clarear aquel día tenebroso del Viernes Santo, conducido por tus enemigos, eres llevado y traído a aquellos jefecillos que inhumanamente se burlaban, en el colmo del desconocimiento, del Verbo de la Vida, valiéndose del poder que Él mismo les había dado: «¿No sabes que tengo poder para soltarte o crucificarte?». «No tendrías ningún poder sobre mí, si no te hubiera sido dado de lo Alto»¹⁷.

¡Pilato...! ¡Terrible desatino...! ¡No encuentras culpa en el reo...! ¡Pero el respeto humano te deja desahogar la envidia satánica de aquellos príncipes de la Sinagoga que pedían venganza de su corazón orgulloso...! Y tú, ¡oh insensato!, mandas azotar a la Fortaleza por esencia, a la Justicia infinita, a la Santidad eterna, como a un malhechor...

¹⁷ Jn 19, 11.

¡Ángeles del Cielo!, ¿qué hacéis...? Temblando y como despavoridos ven descargar el primer golpe sobre el Hijo de Dios al cual ellos, postrados, adoran eternamente...

¡Oh...! ¿Dónde están los amigos del Divino Maestro...? Los Apóstoles, los discípulos que le rodeaban, el Pueblo que ha poco le proclamaba rey, ¿dónde están...? ¡Que se está descargando todo el furor del infierno en disciplina cruenta sobre la Santidad Eterna Encarnada, sobre la Justicia Infinita...!

María, unida al alma de su Hijo en todos y en cada uno de estos tormentos, hecha una cosa con Él, experimentaba en su alma de Madre de Dios toda la tragedia terrible del Verbo Infinito Encarnado...

Aquellos hombres, cegados, enloquecidos y manejados por el infierno, llenos de odio diabólico, inventan las palabras, mofas, maldiciones y tratamientos más satánicos para el Cristo desamparado y solitario, que, agotado por el sudor de sangre y por la tristeza, llora en silencio la ingratitud y el desamor de los suyos.

Uno de los soldados, en el colmo del sarcasmo, dando un grito de triunfo, exclama: «¿No era rey?, ¡pues hagámosle una corona!»¹⁸.

«Y le llevaron dentro del atrio..., y convocaron a toda la cohorte; y le vistieron un manto de púrpura, le ciñeron una corona tejida de espinas y comenzaron a saludarle: “¡Salve, rey de los judíos!”. Y le herían la cabeza con una caña, y le escupían e, hincando la rodilla, le hacían reverencias...»¹⁹.

Pero no para ahí... Al rey le corresponde un cetro. Y, en señal de burla, buscan una caña vieja, con la cual apalean la cabeza sangrante y dolorida del Buen Pastor... Y terminan poniéndosela en la mano como símbolo de su realeza en sarcasmo sacrílego.

¡Oh dolor terrible del alma de Cristo...!; repercutiendo hondamente en ella las punzadas que las espinas lacerantes producían en su cabeza... ¡se sentía desfallecer física y moralmente ante tanta ingratitud!

¹⁸ Cfr. Mt 27, 29.

¹⁹ Mc 15, 16-19.

¡Oh Jesús, yo quiero hoy besar tus mejillas divinas, tus ojos amoratados por las puñadas de aquellos hombres inmundos, tu cabeza taladrada por las espinas, y tu cuerpo destrozado por los azotes; depositando en tu alma, traspasada de dolor, toda mi vida en respuesta a tu donación amorosa!

Ya está la Belleza Infinita sin figura humana, «como gusano que se arrastra, y no hombre, el desecho de la plebe y la mofa de cuantos le rodean...»²⁰.

Empapado en su misma sangre, es cubierto como con un manto de púrpura, en el cual serán limpios los pecados de todos los hombres...

Temblando y despavorido por el ingente y cruel peso de los azotes que lo descarnan, en aquel hálito de vida que le queda, es llevado ante la presencia de todos sus hijos, que, en unísono grito de crueldad, exclaman ante las palabras de Pilato «He aquí el Hombre»: «¡Crucifícale, crucifícale!»²¹.

²⁰ Sal 21, 7.

²¹ Jn 19, 5c. 6b.

Momento desolador..., de soledad espantosa, en el cual Jesús, el Buen Padre-Amor, coronado de espinas, deshecho por los azotes, humillado, vestido de rey de burla, se encuentra ante los suyos implorando una mirada amiga, una voz de compasión, un báculo donde apoyarse, un refrigerio para su alma reseca por el dolor... ¡Pero no...!: «Busqué quien me consolara, y no lo hallé...»²². ¡EL SOLO!

Y con su cruz a cuestas, camino del Gólgota, va «el Solo» entre el inmenso cortejo, solamente acompañado de los traidores... «Los hijos de las tinieblas son más sagaces que los hijos de la Luz...»²³. Precisamente en aquellos momentos en que la soledad de un modo especial invadía a Cristo, está acompañado por una terrible muchedumbre, que, atraídos unos por la curiosidad, otros por la envidia o el rencor en el empeccatamiento de sus almas endurecidas, corren presurosos tras el cortejo trágico de la condenación del reo...

Jesús, el Buen Pastor, abrasado en el amor infinito del Espíritu Santo, busca con sus ojos

²² Sal 68, 21c.

²³ Cfr. Lc 16, 8b.

nublados por la sangre, el dolor y el llanto, una mirada amiga que consuele algo el desamparo terrible de su alma lacerada de Padre... Y allí donde mira, se encuentra con las miradas feroces que le responden con una blasfemia o un salivazo. ¡Este era todo el acompañamiento de Jesús en el día trágico, escalofriante y cruel del Viernes Santo...!

Pero parece que van a ayudarle a llevar la cruz... Los soldados, temerosos de no poder cearse con su víctima y colgarle en la cruz, alquilan a un hombre para que ayude a aquel reo a llevarla, y pueda ejecutarse pronto aquella sacrílega y terrible profanación... Al menos este hombre ayudará a Jesús a llevar la cruz...

¿Había encontrado el Divino Maestro un amigo en aquel Cirineo...? No; también llevó la cruz obligado... ¡No hay nadie, en estos momentos de soledad terrible, que se ofrezca al «Solo» para hacerle un poco de compañía y darle algo de amor...!

Mas, dentro de unos segundos, con sus ojos cargados de amor infinito, mirará a aquel hombre, tembloroso volverá su cabeza lacerada y atravesada para encontrarse con la mirada de su Cirineo...

Y encontró al fin una mirada amiga... El Divino Caminante siente unos pasos presurosos que vienen hacia Él; unas cuantas mujeres llorando, que, valientes y decididas, llevadas por el amor que tienen al Divino Maestro, acompañan a la Madre del Condenado a muerte...

Y Jesús busca la única mirada amiga que, en su caminar por la tierra, encontró siempre y le supo a cariño y calor de hogar... Y las dos miradas se abrazan en la unión mutua del Espíritu Santo... ¡Se han encontrado la Madre y el Hijo y se han fundido en un mismo dolor...!

¡Ya va Jesús acompañado! ¡Ya «el Solo» ha encontrado, como en Belén, Nazaret y durante toda su vida, su oasis en su duro caminar...! Pero el dolor de la Madre ante el dolor del Hijo, y el dolor del Hijo ante la mirada de la Madre, en una unión profundísima de compenetración, los ha lacerado y atravesado aún más profundamente con una misma espada y un mismo dolor.

Jesús, empujado y arrastrado, es llevado hasta el lugar del Monte Calvario, donde, presurosos, los verdugos, comienzan a preparar el

instrumento del suplicio; mientras Él, desplomado en tierra, espera el momento terrible en que, tendiéndole en el madero, empiecen a coser a la cruz su cuerpo destrozado...

Un hombre fuerte levanta el martillo descargándole sobre el clavo, que se introduce en la mano divina del buen Maestro que había tocado, sanando, a tantos dolientes, a tantos desamparados...

Otros tantos martillazos atraviesan la otra mano del Divino Taumaturgo que, con los brazos abiertos en señal de paternidad, repetiría desde lo hondo de su alma: «Jerusalén, Jerusalén», «¿qué pude hacer por ti que no hiciese...? Porque te hice mi Pueblo escogido, ¿me clavabas en una cruz...?»²⁴. «¡Oh Jerusalén, Jerusalén, ciudad deicida..., días vendrán sobre ti que no quedará piedra sobre piedra!»²⁵.

¿Qué sentiría la Virgen ante aquellos martillazos que, al atravesar las manos de su divino Hijo, a la vez atravesaban su alma santísima en

²⁴ MISAL ROMANO. *Liturgia del Viernes Santo. Improperios.*

²⁵ Cfr. Lc 13, 34; 19, 44b.

el más desgarrador, profundo y doloroso martirio...? ¡Cómo, en un grito de Corredención, rompería en un: «hágase tu voluntad»²⁶ de inmolación cruenta...! El alma de la Virgen, ¡chorreando sangre en dolor desgarrador de Maternidad para con su Hijo y de filiación para con su Padre Dios...!

¡Dolor de María que aumentaba el dolor de Cristo! ¡Y dolor de Cristo que desgarraba el alma de María...!

Y cogen aquellos benditos pies ensangrentados, amoratados e hinchados por las caídas y el cansancio, y los clavan, atravesándolos y cosiéndolos al madero, para quitarles la libertad que el Divino Misionero había tenido recorriendo toda la Galilea, Jerusalén, Samaría, y tantos otros sitios por donde pasara haciendo el bien y predicando su divina palabra.

¡Ya está cosido al madero el Verbo de la Vida...! ¡Ya está aprisionada la Libertad por esencia! ¡Desnuda, ante las miradas groseras de aquellos hombres, la Virginitad Infinita Encarnada...!

²⁶ Mt 6, 10b.

Y por fin levantan la cruz, metiéndola en el agujero que en la cima del monte habían hecho, para que el «Cordero de Dios»²⁷ quedara colgado, como Sumo Sacerdote, entre el Cielo y la tierra, para celebrar la primera Misa...

¡Ya está la Hostia Inmaculada en el ara del altar, esperando el supremo momento, en el cual, en un grito desgarrador de desamparo, será consumada la Redención...!

Y, entre mofas, risas, burlas, blasfemias e insultos, la Santidad Infinita Encarnada, clavada entre el Cielo y la tierra, clama al Padre, como Sumo Sacerdote, en un grito de misericordia para con sus hijos: «¡Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen!»²⁸.

Entre dos ladrones está el Divino Ajusticiado... ¡Entre dos malhechores el que pasó por la tierra haciendo el bien...! Y aquellos hombres, desesperados, uniéndose a la mofa del pueblo, insultan al Amor Infinito derramándose como misericordia.

²⁷ Jn 1, 29.

²⁸ Lc 23, 34a.

«El Solo», que se encuentra entre dos ajusticiados como Él, ¡hasta de sus mismos compañeros de muerte está solo...!

Y derramándose amorosamente sobre ellos, los mira; y uno de ellos, adhiriéndose a aquella mirada divina, se compenetra con Él, le ama, se convierte, se entrega, y en un grito de confianza, expresa el más noble sentimiento de su alma: «¡Señor, acuérdate de mí cuando estés en tu Reino...!»²⁹.

Y el Amigo Divino, volcándose en paternidad y lleno de gozo en el Espíritu Santo, le dice al primero que en una cruz confesaba su fe: «Hoy estarás conmigo en el Paraíso...»³⁰.

¡Dimas, fuiste ladrón y en tu último «robo» acertaste...!

¡«El Solo», que en cuanto encuentra una mirada amiga, lo hace un santo...! Y desde ese momento aquel malhechor queda convertido en San Dimas, el buen ladrón, el que unos momentos después estaría con Jesús eternamente en la contemplación gozosa de la Santidad por esencia rompiendo en Amor.

²⁹ Lc 23, 42.

³⁰ Lc 23, 43b.

Y por fin va sintiendo Jesús que se le van las fuerzas. Experimenta el Autor de la vida que a su humanidad se le escapa la vida, que la muerte se apodera de Él...

Y con una mirada de hijo bueno, desprendiéndose de todo lo que era consuelo y amparo, queriendo amparar a la Madre que deja desamparada, da a la Iglesia su misma Madre, para que Esta sea, como repercusión y sobreabundancia de su misma Maternidad divina, ¡la Madre de la Iglesia!

Y mirando a la Virgen, a su Madre Santísima, a su consuelo durante su paso por la tierra, le dice, señalando a Juan: «Mujer, ahí tienes a tu hijo...»³¹.

En este momento Jesús nos da a su Madre por Madre nuestra...

¡Qué dolor sentiría la Virgen al sentirse Madre en todo su ser, a través de Juan, de todos los hombres y, por lo tanto, de todos aquellos hijos que, en lo más horrible de la ingratitud, daban muerte a su Hijo divino...!

³¹ Jn 19, 26c.

¡Oh instante terrible para el alma de la Virgen, que ve que su Hijo la deja en el más grande de los desamparos...!

Y, al unísono con Él, al ver que le pierde, recurre al Padre y se encuentra SOLA, porque su Hijo muere, y su Dios la ha desamparado ante «el momento del poder de las tinieblas», en el cual Ella vive unida con su Hijo en inmolación total de Corredención...

Y mirando a Juan, el Divino Redentor le dice: «He ahí a tu Madre...»³². Y en Juan, estando representados todos nosotros, nos hace hijos de María. Jesús está rubricando su testamento dándonos, como prueba de su amor, por Madre a su misma Madre.

En ese momento «el Solo» vuelve su mirada al Cielo para buscar la mirada complacida del Padre... Y ve que la Santidad Infinita, por representar Él el pecado, manifestándose como Justicia, se le vuelve en contra...

³² Jn 19, 27b.

Y en un desgarró dolorosísimo de soledad cruenta, destrozado en el cuerpo, colgado entre el Cielo y la tierra, desamparado de las criaturas y del Padre, en un grito desgarrador de soledad terrible, «el Solo» clama: «¡Dios mío!, ¡Dios mío!, ¿por qué me has desamparado...?»³³. ¡Si yo hago siempre lo que es de tu agrado...!: «Sacrificio y oblación no quisiste, pero me has dado un cuerpo... Holocaustos y sacrificios por el pecado no te agradan... ¡He aquí que vengo, oh Dios, para hacer tu voluntad!»³⁴.

¡Oh soledad terrible del alma de Cristo! ¿No es posible que haya para Ti un consuelo, una mano amiga...?

Y anhelante, con la respiración entrecortada por la muerte próxima, expresa la sequedad de su alma sedienta: «¡Tengo sed...!»³⁵.

Sí, Padre, sed de que te conozcan... «Y para que te conozcan Yo por ellos me santifico»³⁶.

Y con la voz entrecortada, en el último hábito de vida que le queda, haciendo un supremo

³³ Mt 27, 46b.

³⁵ Jn 19, 28c.

³⁴ Heb 10, 5b-7a.c.

³⁶ Jn 17, 19.

esfuerzo, descansa el Verbo Encarnado ante la voluntad del Padre cumplida sobre Él: «¡Todo está consumado...!»³⁷.

Y volviéndose al Padre con su mirada cargada de amor infinito y nublada por la tenebrosa oscuridad de la muerte, exhala su último suspiro: «¡Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu...!»³⁸.

En aquel momento tiembla la tierra, los sepulcros se abren, los muertos resucitan, y toda la creación protesta con voz de llanto desgarrador y doloroso ante la muerte injusta de su Creador...

La Virgen, San Juan, las santas mujeres, contemplan sobrecogidos aquel espectáculo en que la creación entera está, en un grito de dolor, quedándose en la oscuridad más tenebrosa, como protesta de la injusticia que los hombres hacen con su Dios...

El sol se oculta³⁹ para no ser testigo de aquel crimen terrible que se está obrando con la Santidad por esencia...

³⁷ Jn 19, 30.

³⁸ Lc 23, 46b.

³⁹ Cfr. Lc 23, 44.

«Se ha rasgado el velo del Templo...»⁴⁰.

Jesús, ya tu alma en este mismo instante se encuentra frente a frente en el abrazo del Eterno Sol, en el gozo como infinito de los Ángeles, con el supremo y único Legislador de Cielo y tierra...

¡Ya Jesús no puede sufrir...! ¡Ya el Hombre se encuentra cara a cara en la luz de la Gloria, metido en la Familia Divina, con el seno paternal de Dios, abierto para todos sus hijos...!

¡Ya parece que todo es alegría y contento...!

Pero no... María, al pie de la cruz, siente un contraste terrible en su alma santísima. Por una parte, participando de la alegría de su Hijo, se siente feliz, unida al alma de Cristo; y por otra, Ella, como Madre de la Iglesia aún desterrada y en el país de las tinieblas, aguarda en nostalgia envuelta en su soledad; siendo María, como prolongación de su Hijo, ahora más que nunca, LA SOLA.

La Virgen está esperando que descuelguen el cuerpo de su Hijo para depositar en él un beso de

⁴⁰ Lc 23, 45.

Madre que, en silencio, repercuta en el alma ya gloriosa de su Hijo.

Y «la Sola», después de haber sepultado con aquellos santos varones el cuerpo de Jesús, vuelve solitaria, con su tragedia terrible de soledad inabarcable, por aquellos mismos caminos por los cuales «el Solo» había caminado a celebrar, como Sumo Sacerdote, su cruenta Misa, para gloria de Dios y santificación de los hombres.

Ahora sí que comprendería María, casi en toda su profundidad, la soledad de su Hijo, de Aquel que, sintiéndose el Padre de todas las almas, era «el Solo...».

También Ella ahora, siendo Madre de todos los hombres, a imitación de su Hijo, es «LA SOLA».

La Virgen es la más maravillosa manifestación del alma de Cristo, y se encuentra sola porque su Hijo divino ha muerto y los demás hijos no la comprenden...

¡María..., Corredentora..., expresión viva de Cristo y, por lo tanto, de la Paternidad de Dios...!

Yo quiero poner hoy en esta palabra, que, hecha vida, con la misma espada taladró el alma

de Cristo y después la de la Virgen: «EL SOLO», un consuelo amparador de hija, de amigo, de esposa y de virgen, que está dispuesta a pasar por esa misma soledad, para que todas las almas conozcan a Dios y sean consuelo de Cristo, de la Virgen Dolorosa y de la Iglesia desgarrada en la noche cerrada de su Getsemaní.



Ediciones La Obra de la Iglesia